

Lucio Iurman

por Juan Carlos Almagro



En 1964 ya había pasado un año desde mi traslado laboral desde un sótano de la Facultad de Ingeniería de La Plata a una oficina muy compartida en Constituyentes y Gral. Paz, de la CNEA. El Ingeniero Cusminsky, mi jefe en La Plata, y el Ingeniero Martínez Vidal, habían acordado que yo siguiera haciendo investigación, ya que el Ing. Cusminsky se iba a trabajar al *Imperial College* de Londres, y de aquella manera darían continuidad a mi trabajo en la unión de metales por presión iniciado como colaborador de Gregorio Cusminsky. El grupo era de unos 4 o 5 amontonados en una oficina del primer piso del Centro Atómico Constituyentes, pero rotábamos los 3 escritorios porque también teníamos que trabajar en el laboratorio.

Un día de esos aparece un joven ingeniero que es presentado al grupo, y con qué gran soltura se integró a nosotros, no hubo la más mínima señal de desubicación a pesar de los 650 Km que lo separaban de su Bahía Blanca. No teníamos idea de que se quedaría un año con nosotros, ni tampoco pensamos que con él se reduciría aún más el espacio. Este joven se llamaba Lucio Iurman y tenía 26 años.

Bueno, así comenzó nuestro período de trabajo que duró hasta el

presente. En lo técnico, las conversaciones eran sobre metalurgia, creo que él supuso que nosotros no éramos también iniciados en el tema pero recuerdo que rápidamente aclaró que lo único que sabía era el diagrama hierro – carbono.

Muy larga es la cantidad de cosas que sucedieron durante ese año, algunas de ellas tenían que ver con la laminación en caliente y, como estábamos trabajando en el desarrollo de la fabricación de los elementos combustibles para el RA3, resultó de una de las inquietudes de Martínez el tiempo de calentamiento del núcleo antes de la laminación del sándwich, que finalmente terminaría en la placa combustible. Se consiguió un libro de transferencia de calor, planteó algunas ecuaciones constitutivas y nosotros continuamos con el trabajo. Lucio Iurman más dedicado a las ecuaciones y yo lo acompañaba con la parte experimental

Ese laminar en caliente y una edad apropiada para hacer cosas atrevidas alguna vez dio lugar a alguna broma que sólo por el buen sentido de humor que reinaba en el ambiente me ha sido perdonada por mi amigo Lucio. Ése era el espíritu que había, una alegría y dedicación en el trabajo que venía acompañada de resultados de calidad en tiempo y forma, como se dice administrativamente.

En Martínez Vidal siempre se notó una sutil adicción, algo compulsiva, con los libros; también era muy hábil con la palabra, que junto a una característica de todo el laboratorio (la Gerencia de Tecnología) la de transferir conocimientos con riguroso nivel científico a nosotros nos tocaba hacerlo hacia el área de la industria metal mecánica. Así frecuentemente dictaba cursos de trabajado mecánico de los metales, incluyendo los sábados en la mañana, y en ellos colaborábamos nosotros.

No puedo dejar de recordar los bifés de chorizo en “Negro el 2” y algún descanso hecho luego de disfrutarlo, estacionando legalmente la Estanciera en la cuneta de la avenida GP.

Sería algo cansador contar todo lo que se hizo durante ese año y dudo que lo recuerde sin cometer

alguna injusticia, pero la formación resultante de los seminarios hechos siguiendo los capítulos de un libro de deformación plástica inició la base de lo que fue posteriormente, y todavía perdura, el estilo del tratamiento de esta disciplina. Aquí y en el exterior.

Lucio Iurman es uno de los principales maestros que ha ampliado y difundido aquellos conceptos que aprendimos en 1964.

La despedida ese año fue algo despiadada, especialmente porque después de ella tenía que pasar a recoger la valija para volver a Bahía Blanca, sin más tiempo que para recogerla, tomar el micro y permanecer en el por más de 10 horas. Lo sumergimos en una pileta de agua, pileta destinada a hacer experimentos de ultrasonido.

En ese año ya conocimos un hombre formado en los principios puros de un gran respeto por el prójimo, claro que alguna vez nos aprovechamos de eso y le regalamos una vela de un metro y medio comprada en San Cayetano.

Piensen que han pasado 51 años de ello y, si sigo escribiendo cosas que hemos compartido, sería biográfico... quizás resumiría que aprendíamos no sólo trabajando sino que al mismo tiempo en los seminarios sobre la metalurgia y el trabajado mecánico, los cuales nuestro jefe Martínez Vidal nos había organizado. El ambiente en el resto del laboratorio era bastante similar, producto de la filosofía y conducción de Jorge Sábato.

Algún analizador actual tituló es período como una "utopía", yo puedo decir que no se trató de una utopía, era como auténticamente se sentían las cosas.

Acompañé a Lucio Iurman por un tiempo colaborando en la actividad que ha sido la natural esencia de su carrera, la docencia. Luego nos separamos por un tiempo, porque yo me había ido al exterior y él a Bahía Blanca. Sin precisar mucho en el tiempo transcurrido, más tarde nos encontramos nuevamente, yo a cargo de un proyecto en CNEA y él como proveedor. Éste estaba trabajando para INVAP, que nos construyó el horno en vacío para los tratamientos térmicos de la planta piloto, la que desarrollaba la tecnología de la fabricación de los insumos de zirconio para los elementos combustibles.

A pesar que INVAP era un contratista haciendo un horno prototipo, Lucio supo moderar la relación entre la empresa y el jefe del proyecto amortiguando los desencuentros propios de estos casos, sin que se pasara a mayores.

Cambió su dependencia laboral y, ya como miembro de CNEA, después de trabajar con Jorge Kittl en la instalación de la Fábrica de Aleaciones Especiales, nuestra relación entró en esa faceta de las cosas de la producción. Ahí cambiaron los personajes a conducir, no solo no eran alumnos sino que eran personal de una fábrica.

Cualquiera puede imaginar que durante ese período de dos años hay infinidad de anécdotas para contar, cosa que no voy hacer aquí. Una de las que nunca olvidé fue una vez sobre cuáles podían ser las causas que teníamos con un problema con el golpeteo en la laminadora llamada HPT 32, y Iurman me leía algo escrito sobre eso. Para mí él me estaba leyendo un informe que había preparado sobre el problema, cuando me dice: "no, es del libro ruso". Uno que había sido traducido y describía exactamente lo que no se debía hacer y nosotros hacíamos.

Antes de esta etapa industrial y nuevamente en el campo de la transferencia de conocimiento, se dedicó a la gestión, primero armando ese aspecto para un instituto en el campo siderúrgico. Misión nada fácil, organizando la gestión del conocimiento dentro del ámbito siderúrgico con empresas de la producción, en el Instituto Argentino de Siderurgia en donde también dejó claramente su huella.

Esto lo repitió años después en la República de Nigeria.

Volviendo a la etapa en que estábamos juntos en el Centro Atómico Ezeiza, alrededor de 1985, un día vino y me dijo que se volvería a Bahía Blanca y así lo hizo para regresar a la docencia e investigación.

Cuando acordé escribir la semblanza de Lucio Iurman desconocía que él iba a ser tan detallista, preciso y ameno, verdaderamente me dejó poco para escribir.

Nos conocimos en el inicio de nuestra vida familiar y profesional y no recuerdo un momento de desentendimiento en los 50 años de conocidos. A pesar de ello, reconozco que una vez que perdió su paciencia porque yo me había excedido en la demanda con FAE.

Vivimos bajo nuestras propias personalidades pero acuñadas en la filosofía de un sector y particularmente la del Ing. Martínez Vidal (El Ministro), que hizo de la gestión del conocimiento algo más que un discurso.

Lucio recorrió diversas tareas laborales en las que no dejó de notarse la naturaleza docente que lo caracterizó y caracteriza. Es posible que esa virtud y las otras mencionadas hayan permitido a alumnos y colegas apreciarlo como hasta hoy

lo siguen haciendo.

Lucio es de aquellos que nacen con buena pluma y por ello no dejó de escribir *papers*, apuntes, traducciones, libros y todo aquello que se

necesitara poner permanente en el papel.

Su vocación está insinuada desde temprana edad, ya que escribió a los 15 o 16 años con un amigo una

ópera sobre la emboscada que dio muerte a Martín Miguel de Güemes. Esto no es lo más simpático, ya que lo hacían mientras uno escribía el otro alternativamente bombeaba para llenar el tanque de agua de la casa.